

(Viejas costumbres)

“De áspera corteza se cubrían  
los tiernos miembros, que aún bullendo estaban;  
los blancos pies en tierra se hincaban,  
y en torcidas raíces se volvían...”

(Garcilaso)

**T**ORNAR a los lares. Resistirse a acabar con la carne desnuda de la existencia. Mirar los harapos de la vida. Esto me lleva a envolverme con el hastío y la desesperanza, a arrojarme con las llagas del tiempo. En todo caso, este andar por los surcos de polvo; campos de soledad y de mustio collado; nos va a lanzar a simples goces del alma misma, cuando la carretera nos asfixia y muestra una avalancha de cosas nimias, desconcertantes, donde se exprime la otra realidad rústica, del buen talante y humilde escorzo. Ante el mostrenco de la avalancha miserable, se me ocurre brindar la esperanza del tiempo pasado, no en melancólica factura del ensimismamiento; sino como remedio y danza ante el frenesí del tormento vigente, de la locura infernal de una búsqueda de paraísos extravagantes donde la piromanía aduce y revela el emblema de la extinción. Mas busco la grandeza del asilo entre la tiniebla de la carcoma humillante y mítica, encerrada en el laberinto de las sombras.

Las puertas y los desvencijados cromatos de la paciente espera hacia la nada, como blandiendo el son de una náusea distinta, pero con el atavío de mirar el reclamo del ayer, desde la miserable sensación de no ser más que un hombre buscador del oro caducado, entre las piedras nobles y parturientas de soles milenarios.

Busco ahora el arrumbado edificio, sofocado por el aliento de un sol abrasador. La torreta enhiesta por la gracia, del diablo; el postigo de ventanas deshonestas, el tragaluz de misóginos ventanales rotos y cubiertos por el hollín de la mazmorra...

Pero, por estos lares, acude el rebaño y se da cita el zorro, se avistan los aguilucho y zurean los palomos pendientes de miles de miradas de labriegos... Por estos lares se acostumbra uno al sol y al silencio, mientras se devanan los sesos los críos con sus chácharas y se amontonan legajos de yerbajos, en los túmulos de los viejos aposentados...

Gracia y desgracia de la vida, de los espectáculos vacíos de huecos y sembrados desarraigados, con lastres de pesadillas en imágenes orondas y aplomadas de rastrillos y eras abandonadas, a los sueños comatosos de los ancianos labradores que, aún se ven por estos sitios quemados, donde el sol agosta y seca.

De troje a troje busco las señales de identidad de esta tierra lacerada, amargada por el sufrimiento milenario de sus hijos que utilizan los usos antañones, siguen el silencio de la vida de su antepasados, le rezan a la misma Virgencica del Carmen y se tapan en las noches, con sábanas bordadas. Son los hijos del ayer y del hoy que se acostumbran a estas soledades angustiosas, que se resisten a par-

tir en el éxodo flamante de hace años, quedando sólo unos cuantos para enredarse con los cadáveres de sus lares y contener el aire de las otras señas de la civilización, que irrumpe por sus tierras blancas, arcillosas, plomares y lánguidas, en las que crece el eucalipto.

Desde la Rambla Salada, fabulosa estrategia de una geología fortunera; se añaden gestas de la acción geológica y se fustiga la calma, a veces, con el derroche de la energía de la naturaleza. Es la manera de extrañarse y de seguir admirándose con el latido del tiempo.

Hay toda una mitología de esta rambla que huele a sal y se escancia en brotes de agua menudas y sanadoras cuando se arrima uno a los pliegues de sus lomas impolutas. Crece allí el musgo y la adelfa con los taray pronunciándose en letargos amansados, pero se fatiga el aliento en los estíos aún con el sabor de la retama ágil y curiosa, MAS, EN OCASIONES, LA MIRADA SE AJUSTA al línceo tratamiento del detalle, esta vez con el ansia fundada de buscar el dibujo, desde el pincel de J. Medina Noguera, para vislumbrar el cortijo de un personaje fortunero que lo habitó, en la Rambla Salada.

Alguien que entre al vestíbulo de la Casa Consistorial de Fortuna de tanta alcurnia, puede vislumbrar los hermosos lienzos de este pintor contemporáneo de Medina Vera, intuir la garra de sus líneas sensuales por la semblanza de las damas que se acomodan entre un paisaje de campo robusto y seco, pero también pueden darse cuenta de un viejo casucón que el pintor mencionado, pintó para don Matías Pérez Carrillo, singular personaje que medró en sus negocios por tierras extranjeras para construir en Fortuna de sus amores, un hotel, dejando constancia de

su casona o cortijo, tan recio y bello, que era la envidia de sus contemporáneos, donde la figura del perro y del ganso, como enfoques decorativos, sin embargo refleja bien la estampa adusta y considerable del lugar, rodeado de otros cortijos o mansiones, para pernoctar en estas tierras que claman por el agua.

Vivían en el cortijo de La Gloria, pues así es su nombre, toda la familia de Pérez Carrillo, recortando el tiempo en el buen hacer y las andanzas lúdicas de cada ciclo del calendario, conviviendo con los vecinos, incluso atrayendo a forasteros de Archena y Abarán y de todas las pedanías de la villa.

Conocía a sus vecinos, este buen hombre, afamado por el buen criterio en sus actividades, que le llevaron muy lejos y aún hay quien lo alaba al haber sentado sus reales en el hotelito de la céntrica calle fortunera, la calle Mayor, cerca del templo y de la ermita de San Roque, el santo patrón de la villa.

¿Qué queda ahora de esta mansión gloriosa? Tan sólo la memoria.

He buscado con ahínco dicho cortijo, por el entorno de la Rambla Salada, pero todo ha sido en balde, pues tan sólo de todo aquello queda un montón de ruinas aplastadas por el paso del tiempo.

Pero los vecinos del lugar recuerdan ese aposento, sobre todo los de más edad, como el dueño de la Casa de los Alacides, ubicada en la Rambla Salada Alta, cuyos antepasados convivieron con los habitantes de la Gloria, como los que habitaban la casa, el Corque, en la actualidad de Jorge Lajara, o el cortijo de Abajo, propiedad de la Señorita Irene y la casa del tío Pepe "Marga", antes del tío Pepe Chuano y de don Pascual Cachú, aludiéndose a la casa de don Rafael Rabadán



Armero, de la misma familia del cortijo de la Gloria...

Hasta el mismo Joaquín Alacid conoce anécdotas y datos del célebre cortijo, que era causa y base de una efervescente vida que fue palideciendo paulatinamente, lugar para la estancia, durante la guerra civil, de cita en el abastecimiento del pan a la pedanía.

¡Que de cosas se podrían referir en torno a la casa de la Gloria! Lo cierto es que con el paso del tiempo fue perdiendo su empaque, al igual que sus habitantes, que murieron, dejando la casona abandonada y lentamente la gente fue desvencijándola, sacándole sus vísceras, llevándose en mulos, las lomerías destripadas de su techumbre y todo quedó ausente, dicen que hasta se escuchaba el eco de algún duendecillo.

Ahora no existe nada, sólo el espacio sobre el que se asentaba la casona con su horno de pan cocer y el establo, con los árboles que le daban enjundia y

amplia sombra, en lugar tan rústico y soleado.

Los campesinos del entorno, como Alacid, o las casas derruidas y solitarias, me hacen intuir todo el engranaje de aquel tiempo que se ha hecho añicos, pues desde el recuerdo de los que quedan, los viejecitos que habitan esta zona de la Rambla Salada Alta, pueden confirmar la pose del otro empaque, cuando en los años de 1905 y siguientes, la Gloria daba gusto verla, y a sus moradores que cantaban en las noches claras de luna y veían salir de allí a don Matías, en su galera hacia el hotel, que en el año 1940 se convirtió en la Casa Consistorial de Fortuna.

¡Cuántas cosas se registran en los caminos y en los restos de los casucones!

Nunca paséis sin mirar sus rostros caninos y carcomidos, como si fuesen detalles de algo que nos ha robado el tiempo...

*F. Saura Mira*  
Cronista de Fortuna